

subsidiaridad y desarrollo en Argentina

PARA comprender a un país y mejorar su ordenamiento suele dividírsele en estratos económicos, sociales, políticos, culturales, éticos y religiosos. La armonía entre estos diversos sectores da la pauta del progreso de una nación y el bien común es mejor servido en cuanto todos los estratos se desarrollan en busca del desenvolvimiento de toda la comunidad.

La paz social y un recto orden político-jurídico son los mejores instrumentos para ese desarrollo armónico. Sin ellos el mismo desarrollo económico, por grande que sea, puede quedar desvirtuado y sus efectos no propagarse en su verdadera medida en toda la población. En nuestro país sufrimos los efectos de una situación semejante. Los conflictos se plantean cuando entre los diversos estratos se producen disparidades en sus progresos.

Entre nosotros una de las fuentes de conflicto se da en el olvido del principio de subsidiaridad, fundamental dentro de la concepción cristiana de la sociedad. Veamos los hechos históricos que justificaron una aplicación restringida de este principio.

* * *

La Argentina se ha hecho desde arriba, es decir, por gravitación especial de lo político. La generación li-

beral hizo un país de acuerdo con las normas de la economía dominante del siglo pasado y la nación progresó en la medida en que a ciertas metrópolis europeas les convino. El desarrollo agropecuario no sobrepasó la zona de la pampa y el trazado de los ferrocarriles, amplísimo en la provincia de Buenos Aires, es la manifestación más clara. Este progreso agropecuario no se difundió en toda la población. La Argentina se inclinó hacia su litoral y los grandes centros urbanos de Buenos Aires y, en menor medida, Rosario, aprovecharon comercialmente de su condición de puertos obligados para la exportación.

Tres zonas pueden distinguirse entonces: el litoral enriquecido a través del comercio de exportación, el interior manteniendo a duras penas pequeños progresos, y la patagonia abandonada a la cría de lanares y a toda clase de espoliaciones.

Socialmente el país sufría una profunda transformación. Fuera de pequeños núcleos provincianos, que se mantuvieron en la oposición, nuestra sociedad se plegó inmediatamente al espíritu inglés y francés de fin de siglo. Recordemos que la Argentina se componía entonces de una leve capa aristocrática u oligárquica, formada principalmente por porteños y reforzada por elementos provincianos, como Roca y Juárez Celman, prototipos de la generación del 80; y una masa de inmigrantes amorfa que no impuso ninguna pauta cultural sino que aceptó la que le ofreció el argentino nativo a través del desprecio y luego, en segunda generación, la transmitida por la escuela laica y liberal.

La masa inmigratoria va a constituir, sin embargo, el principal motor en el dinamismo histórico argentino, empujada por su necesidad de enraizarse convenientemente en la sociedad que la recibía. Este dinamismo se manifestó en dos órdenes: en el social y en el político. En el social, a través de los intentos de formar organizaciones sindicales. En este sentido podemos decir que fracasó. Los sindicatos no alcanzan expresión popular sino con el peronismo. Tal fracaso se debió, en

gran parte, a la oposición que a los mismos hizo la oligarquía o el unicato desde el Gobierno. Los liberales más puros, fieles al pensamiento de Rousseau, siempre han sido enemigos de las organizaciones profesionales.

En cambio se le permitió a esa masa inmigratoria su presencia en el campo político. Y así no tuvimos sindicatos, pero sí un Partido, la Unión Cívica que logró el poder a través de una ley dada por uno de los miembros conspicuos de la clase alta. Véase aquí el error de admitir lo político y debilitar lo social. Esta inclinación hacia lo político debilitó el sentido y la conciencia social de la nueva población argentina y esto es lo que se mantiene en la mayoría de los casos.

* * *

La doctrina católica entiende que la función del Estado es subsidiaria. Por lo tanto, todo lo que una sociedad menor puede cumplir no lo debe realizar una sociedad mayor. La acción del Estado es una ayuda que se ejerce en el momento en que se necesita en una escala inferior, pero no debe ser la principal fuente de actividad en todo el país. Y especialmente no debe ser la única fuente de iniciativa, sino que es la iniciativa de los particulares la que debe dar origen a toda la vida económica, social y cultural. Y esto es lo que falta todavía en nuestro país. Las personas o no son capaces de asumir la responsabilidad de sus propias acciones o no son capaces de resolver su problema con la ayuda de los que están más cerca. O no hay espíritu de cuerpo social que permita establecer la asociación con los que están afectados por los mismos problemas. El argentino si no puede resolver su problema solo, entonces cree que debe ser el Estado el que se lo resuelva. Y este es el fruto típico del liberalismo rouesseauniano. Entre el individuo y el Estado, nada, ninguna asociación, porque representa un peligro para la libertad de los ciudadanos. Al aceptar esta premisa, consciente o inconscientemente, los argentinos hemos debilitado al cuerpo social. De aquí nace nuestro débil federalismo, el caído gobierno municipal, la flojera de las organizacio-

nes profesionales en los más diversos niveles y la misma absorción de la educación por parte del Estado.

Para crear y mantener un país es necesario fortalecer a todos sus miembros, no meramente agrandar su cabeza. Hasta ahora no hemos hecho más que lo segundo.

* * *

Algunos vislumbres nos permiten creer que ha comenzado la reacción en este nuevo sentido. Pero el esfuerzo debe ser largo y sostenido.

Un gran ejemplo debe venir del campo. Grandes y pequeños terratenientes no pueden por más tiempo esperar la solución de sus problemas de decretos del gobierno, a través de los cuales se desvalorice el peso o se aumenten los precios. La solución debe venir del esfuerzo de los agricultores y ganaderos puesto en común, por zonas, mejorando la calidad de sus propias producciones y comenzando la transformación industrial de la materia prima en el mismo lugar de explotación y no enviándola a un centro urbano, más o menos lejano. Trabajo y capital, invertidos nuevamente en el mismo campo rendirán, en poco tiempo, mucho más de lo que se consigue dejando que la ganancia sea absorbida en la ciudad.

En segundo lugar, los empresarios. La industria, por lo general, está basada, ante todo, sobre situaciones de privilegio. No nace del estudio de las verdaderas necesidades del país, sino de la posibilidad de obtener ventajas y protecciones de parte de la política y del Gobierno. No se busca servir las necesidades de una población sino el lucro mayor. Es hora de que empresarios, argentinos y extranjeros, acepten como lógica y económica una ganancia que les obligue a un tesón prolongado y no que les permita recomponer su capital en dos o tres años, a más tardar.

En el orden gremial no hay duda de que, en general, nuestros dirigentes están acostumbrados a resolver sus asuntos directamente en el plano nacional. Algunas tí-

midas reacciones se han dado, pero todavía no se ha alcanzado el sentido de responsabilidad, tanto por parte de los obreros como de los empresarios locales, a fin de lograr solucionar los problemas en un plano de contacto directo, dentro de un marco geográfico reducido.

Con respecto a la educación se necesita, asimismo, un esfuerzo especial por parte de los primeros responsables: los padres. La realización de un empeño mancomunada permitirá no sólo educar sino también poner en contacto a la familia con la escuela y a las familias entre sí, para que la comunidad social nazca en este nivel primario. Creemos que en este sector es donde más se ha avanzado y puede tener muy amplias repercusiones. Desde la escuela elemental hasta las universidades libres están siendo renovadas por la incorporación de nuevos elementos a la docencia que buscan la originalidad y la respuesta a necesidades verdaderas. Pero, como en todas las cosas, el camino no es fácil y es necesario no dejarse detener por las primeras dificultades y saber corregir lo que fuere necesario.

* * *

¿Qué sucede cuando este esfuerzo en los niveles primarios no se realiza o se realiza deficientemente de manera que el nivel superior y el Estado se sienten en la necesidad de intervenir? Que la función de los altos niveles y del Estado se convierte en pequeña y no pueden dedicarse a sus tareas más específicas relacionadas con el concierto general del país o de la organización respectiva. Si el gobierno central tiene que resolver acerca de cada una de las inversiones, o de cada una de las industrias que deben organizarse pierde su tiempo en un sin fin de detalles que lo despojan de su autoridad y lo hacen fácil juguete de las pasiones que se despiertan rápidamente en torno del poder. Se convierte en dispensador de privilegios, pues, por falta de conocimiento exacto de las realidades locales, resuelve según un arbitrio discrecional. Y, por último, pero siempre como consecuencia de lo anterior, da pie a la

venalidad según una antiquísima experiencia confirmada en todos los países centralizados burocráticamente.

* * *

Muy a menudo al problema político de centralización y de venalidad se lo considera aisladamente dentro del país, pero no es un fenómeno que se explique por sí solo. Es cierto que en lo político se muestra más claramente la consecuencia de la centralización y del olvido del principio de subsidiaridad, pero también es cierto que si en el cuerpo social los distintos órdenes que hemos señalado se manejaran con una mayor autonomía, se produciría en el campo político una saludable reacción.

Lo político adquiere mayor importancia en la medida en que lo social se halla debilitado. Tiende lo político a llenar todos los vacíos que lo social le deja. Nuestro país tiene una larga trayectoria de debilidad social. Es hora de reaccionar. Y esa reacción debe nacer de los mismos interesados en los distintos sectores sociales. Unidos entre sí el esfuerzo se multiplicará y sus efectos se notarán en los demás campos. Es imprescindible olvidarse un poco de la política para realizar la tarea más urgente en el campo social. Sería la más eficaz de las revoluciones sociales.

LA DIRECCION